

ro así que satisfizo su ambicion, arrojó sin reparo la mascarilla, y á la primera visita que hizo á su diócesi, despedazó en todas las iglesias no solamente las imágenes, sino tambien las cruces, y con el mismo furor se declaró contra la veneracion de las reliquias y la invocacion de los Santos. Sublevó su pueblo un atentado tan escandaloso, el que con el vigor de su resistencia mostró cuál era el verdadero estado de la creencia en los vasallos de los Monarcas franceses. No, (respondieron estos á algunas reconvençiones que quiso hacerles, segun el testimonio que él da en sus cartas), nosotros no opinamos que haya nada divino en la imágen que veneramos, pero la respetamos y adoramos atendiendo á aquel que nos representa.

42. Apresuráronse por todas partes á confundir la impiedad de Claudio: el abad Teodomiro, que habia sido amigo del hipócrita antes que se despojase de la mascarilla, y Dungal, recluso en el monasterio de San Dionisio, opinaron que el espíritu de retiro y las reglas de su estado no se oponian á que empleasen sus talentos en estorbar el contagio que amenazaba á la Iglesia en el occidente, y así fueron los primeros que tomaron la pluma para contener ó desacreditar al innovador (1). „¿Qué orgullo es ese, dijo Dungal, de pisar y despedazar con desprecio lo que por mas de ochocientos años, esto es, desde que se estableció el cristianismo, han consentido los santos padres y los Príncipes mas religiosos, mandando, que en las iglesias y aun en las casas par-

(1) *Biblioth. PP. pag. 900. et seq.*

ticulares hubiese imágenes para gloria de Dios! ¿Podrá colocarse en el número de los cristianos á aquel que no admite lo que toda la Iglesia recibe?”

Ordenó el Emperador Luis que los obispos condenasen los escritos que se atrevió Claudio á publicar en favor de su impiedad, y despues envió un extracto á los mas sabios del reino para que lo refutasen. Jonás, obispo de Orleans, Agobardo de Leon, Valafrido, llamado Estrabon ó el Vizco, y otros muchos entraron en esta gloriosa lib; pero entre estos doctores tan elogiados se ensalza principalmente el modo prudente y exacto con que se esplica Valafrido. Defiende que no se deben condenar los honores que se dan á las imágenes, y que si son correspondientes, no hay razon para arrojarles de los templos, porque algunas personas simples puedan abusar de su culto.

43. La obra de Jonás no corresponde bien á la reputacion que gozó este autor en su tiempo. No hay en ella exactitud ni en los razonamientos ni en las reflexiones, y en lugar de estas substituye chistes frios y puerilidades que merecen mas burla que lo mismo que quiere censurar. Así sucede cuando se rie de su contrario con el equivoquillo de su nombre diciendo: que no se admira de que no camine derecho por las sendas de la verdad, supuesto que se llama Claudio, nombre que segun la etimología latina quiere decir cojo. Es verdad que Jonás debia estar sobrecogido en semejante disputa por su modo de sentir, porque él adoraba la cruz, mas no aprobaba el

culto de las imágenes. Hacia mas manifiesta esta consecuencia, queriendo explicar el principio sobre que fundaba unas prácticas tan diferentes. „No adoramos, decia, la cruz como una divinidad; y si la besamos, no es por la madera de que está formada, sino por amor al que en ella obró nuestra salud. Cuando se besa el Evangelio, escrito con tinta en el pergamino, ¿se hace esto por ventura para honrar la tinta ó el pergamino? ¿No se besa por honrar al Verbo encarnado, cuyas palabras vivificantes están recogidas en el Evangelio?” Esto que él dice, es bien claro que milita igualmente por el culto de la cruz y por el de las imágenes. Consiste la diferencia en que á la cruz se debe culto de latria, y á las imágenes el culto de veneracion.

Sin embargo, Jonás escribió algunas estimadas obras. Nada mejor nos manifiesta mas exactamente el caso que se hacia de su institucion de los Reyes, dirigida al jóven Pipino, Rey de Aquitania, que el testimonio del sexto concilio de París que le insertó en sus actas. Lo que merece notarse en la institucion de los legos que compuso, es la perpetuidad de la tradicion en punto de la doctrina contenida en aquel testo que cita de San Gregorio: los pastores de la Iglesia deben usar de grandes precauciones, tanto en atar como en desatar; pero que atén justa ó injustamente, siempre debe el rebaño temer la sentencia.

Compuso tambien Jonás la historia de la famosa traslacion de San Huberto á la abadía de Andein en

la selva de Ardenas. Acababa Valcando, obispo de Lieja, de reformar este monasterio, poniendo en lugar de los canónigos que le ocupaban, unos monges que le pidieron las reliquias de San Huberto para dar mas lustre á su instituto, y fueron trasladadas en 30 de Setiembre del año 825, hallándose este santo cuerpo entero y sin corrupcion, y por esto se llamó aquel monasterio de San Huberto. Fueron tantos los milagros que allí obró Dios, que en el siglo once se escribió de ellos una historia particular, por la que consta, que ya entonces era invocado este santo obispo con maravilloso efecto para curar la rabia.

44. Agobardo, arzobispo de Leon, de virtudes tan eminentes que mereció ser colocado en el número de los Santos, era de un genio muy ardiente y capaz de dar en grandes estravios, como presto lo echaremos de ver; pero tenia una rectitud de alma y una magnanimidad tal que siempre los reparaba con ventajas. Fue tambien uno de los escritores mas célebres, y tal vez el mejor de su tiempo. El grande número de sus obras en todas materias, como sobre la ceguedad y obcecacion de los judíos, la heregia de Felix de Urgel, el uso de los bienes eclesiásticos, el duelo ó desafío, sin contar muchas cartas que equivalen á tratados, muestran además de la fecundidad de su entendimiento la fuerza de su raciocinio, la pureza de su estilo, su erudicion y su gusto en las citas por lo regular escogidas, aunque demasiado largas y frecuentes. Escribió como Jonás con la ocasion de Claudio de Turin sobre el culto de las

imágenes: mas el obispo de Leon, del mismo modo que el de Orleans, ansiando precaver los excesos que se reprendian en los griegos, se dejó arrebatado al escollo opuesto con el ímpetu de su genio, y esto con tal violencia que es mas fácil justificar su intencion que sus espresiones. Es imposible que el mayor talento discorra con exactitud contra las verdades inespugnables de la fe; y parece que á Agobardo le abandonaron el raciocinio y la penetracion cuando quiso demostrar que era inútil el culto de las imágenes por la siguiente comparacion. Así como, dice él mirando una pintura que represente segadores y vendimiadores, ó bien pescadores ó cazadores, no se aumenta la provision de trigo, ni de vino, ni se espera comer la caza ó pesca que se vió pintada; así de ver pintados los ángeles bajando del cielo á la tierra, los apóstoles predicando, los mártires padeciendo, no debemos esperar de ello auxilio alguno. En nada se conoce claramente por este argumento tan necio la preocupacion en que estaba el autor.

Si este hombre hubiera estado exento de preocupaciones, él mismo hubiera conocido en la ridiculéz y falta de exactitud de su comparacion, cuán frívolo es un discurso que se funda en la falsa suposicion de que esperamos el auxilio de las imágenes materiales, y no de la intercesion de los Santos, á quienes tributamos la veneracion que prodigamos á sus figuras.

45. Los embajadores de Miguel el Tartamudo llevaron á Francia los escritos que se suponian ser de

San Dionisio Areopagíta, no habiéndose conocido en los cinco primeros siglos de la Iglesia, y habiendo sido citado por la primera vez por los eutiquianos en el sexto siglo. Acreditóse con tan malos testigos la suposicion, y como un disparate rara vez va aislado, Hilduino, abad de San Dionisio, que recibió el libro de los griegos como un presente del cielo, opinó que el patron de su monasterio era el mismo San Dionisio que el Areopagíta, á quien no se dudaba atribuir estas obras. Fundó una historia sobre estas preocupaciones, en la que contradiciendo sin prueba alguna á San Gregorio de Tours, á quien se contenta con acusar de simplicidad, dice (1): que llegó San Dionisio á Francia siendo Papa San Clemente, y que padeció el martirio siendo Emperador Domiciano, y esto contra la fe de todos los monumentos. Intercala en su historia circunstancias llenas de simplezas y de ideas incoherentes; y así nos cuenta que habiendo cortado la cabeza al santo mártir, éste la llevó en sus manos muy lejos conducido por los ángeles. Con todo eso esta obra de Hilduino, por la que le llamaron el Areopagíta, fue tan bien recibida de la mayor parte de escritores posteriores, que han confundido los dos Santos Dionisios, y hasta los griegos dieron en este pensamiento. No se conocen sino San Adon de Viena, y Usuardo que distinguen á San Dionisio de París del de Atenas, como estos dos lo hacen en sus martirologios escritos despues de la muerte de Hilduino. Al frente de la disertacion de éste se lee la

(1) *Ap. Sur. 5. pag. 6. et seq.*

carta del Emperador Luis, que le encargó escribir en honra del apóstol de la Francia, y la respuesta del autor que declara las fuentes donde había bebido, y son los escritos supuestos de San Dionisio, la historia griega de un tal Aristarco enteramente desconocido, y las actas de Visbio, á quien Hilduino señala como testigo ocular de los tormentos del santo mártir, del que existe otro escrito capáz por sus absurdos de desacreditar todas las producciones de su pluma.

46. Se divirtió Luis el Hermoso con estos descubrimientos, y amó mas á su primer capellan el abad de San Dionisio, olvidado de que era un enemigo declarado del reino, que había tomado parte en el último alboroto. Este era en resolución el genio del Principe sin valor ni constancia; y tal fue la causa de las amarguras y pesadumbres que consumieron entre desórdenes y alborotos todo su imperio; pues mientras él vivió casi fueron incesantes. Inundaban por todas partes el imperio de occidente el desorden de las estaciones, la esterilidad de las tierras, la peste y el hambre, los estragos de los búlgaros en la Panonia, las amenazas y formidables egércitos de los sarracenos de España, que estaban para invadir las provincias meridionales, los peligros y las calamidades. Atribuyó Luis estas desgracias á los pecados del pueblo, y á la depravacion de todos los órdenes del estado que armaban el brazo vengador del Árbitro Supremo de los reinos y los imperios. Nada hemos dicho hasta ahora que no sea digno de un Monarca cristiano; pero en vez de emplear la espada que Dios

le había puesto en las manos para reprimir á los malvados, que son mas funestos al estado que los azotes naturales, ó los enemigos estrangeros; no tuvo cuidado de refrenar al pueblo, á los Principes y al clero, y todo lo abandonó á los obispos, pareciéndole haber tomado las medidas suficientes haciendo celebrar cuatro concilios en solo el año de 829, los cuales se congregaron en Maguncia, París, Leon y Tolosa.

47. Por todas partes se hicieron bellos reglamentos si hemos de juzgar por las actas del concilio de París que son las únicas que permanecen, y cuya prolijidad puede suplir la pérdida de las otras. Allí se probó con elocuencia, respecto de aquel tiempo, por los egemplos de los ninivitas, de Manasés y de la pecadora del Evangelio, á quien confunden con Santa María Magdalena, que la penitencia es el medio seguro de desarmar la ira de Dios. No hay cosa mas constante que estos principios; y aunque era entonces grande la ignorancia, no era tan necesario establecerlos como ponerlos en práctica. Como el Principe no tuvo autoridad para hacer observar lo que se había ordenado, presto advirtió que la falta de esta egecucion era el verdadero manantial de los males. La porcion mas ignorante del estado, que es el simple pueblo, fue mas fiel á la obligacion que los grandes y que muchos prelados faccionarios ó seducidos, que olvidando los derechos de la naturaleza y la magestad del trono, hicieron que le dejase el débil Emperador.

48. Antes recibió una embajada de Suecia suplicándole que les enviase predicadores que les enseñasen las verdades saludables del cristianismo (1). Aseguraban los embajadores que su Rey estaba dispuesto para permitir que los misioneros anunciaran libremente el Evangelio, y que sus vasallos le abrazasen. Hallando el Emperador menos dificultades y mas gusto en hacer nuevos cristianos, que en corregir los que se habian envejecido en los desórdenes, se ocupó desde luego en la conversion de los suecos. Preguntó al abad Vala, que habia vuelto á su confianza, y casi siempre le tenia consigo, si hallaria entre sus religiosos algun varon apostólico, y propio para esta empresa. Le pareció que debia echar mano del monge Anscairo, que siempre hacia prodigios en Dinamarca, y que seria mas fácil hallar despues operarios capaces de recoger la cosecha abundante que él hubiese preparado, que labrar una tierra cubierta de zarzas y de espinas. Colocaron en su lugar al lado del Rey Herioldo un hombre santo llamado Gistemaro.

Se embarcó Anscairo para la Suecia con Vitmaro, monge de la antigua Corbia, y antes de llegar experimentó su valor una prueba terrible. Los acometieron en el camino unos piratas que les quitaron los regalos del Emperador para el Rey de Suecia, sus provisiones, sus libros y todo su pequeño equipage, de suerte que tuvieron que continuar su camino á pie, y despojados de todo entre innumerables incomodidades y peligros. Habiendo atravesado por bosques

(1) *Act. SS. Bened. tom. 6. pag. 85.*

y horribles desiertos, pasando en débiles barcas varios lagos y brazos de mar, llegaron al fin á Birca, capital de los suecos que ya no existe, y estaba cerca del sitio en donde hoy está Stokolmo. A la primera visita del Rey Biorno, reconocieron la verdad de cuanto sus embajadores habian dicho á su Emperador Luis; y el Rey con el parecer de su consejo les dió entera libertad para predicar el Evangelio, y en poco tiempo los consoló de lo mucho que tuvieron que sufrir, el fruto que hicieron en esta nacion recta, magnánima, y dispuesta para recibir la pureza y otras virtudes cristianas. Presto pidieron el bautismo y se prepararon con gran cuidado para recibirle. Arigairo, gobernador de Birca, muy querido del Rey, y uno de los principales señores de la corte, fue de las primeras conquistas de la gracia, á la que siempre hizo honor con su piedad, caridad y firmeza en la fe. Edificó una iglesia en sus estados, y fue siempre la mas firme columna de la Religion en todo el pais.

A los seis meses de trabajo y de consuelo volvieron Anscairo y Vitmaro á Francia para buscar medios de perpetuar su conquista. Llevaban para el Emperador cartas escritas de la propia mano del Rey de Suecia, segun el uso de aquella nacion, menos bárbara que las que le daban este nombre, cuando en ellas se gloriaban los grandes de no saber escribir. En sus cartas alababa mucho el Rey á los dos varones apostólicos, y contaba los progresos que por su conducta admirable hacia en sus estados la Religion del

Emperador. Luis para asegurar y multiplicar estas conversiones, á imitacion de su augusto padre, creyó que lo mejor seria establecer cerca de Suecia una silla arzobispal con autoridad sobre las misiones del norte, así para proveerlas de buenos operarios como para ordenar obispos en el tiempo oportuno. Este habia sido el proyecto de Carlo-Magno, cuando dividiendo la Sajonia en muchos obispados á ninguno de ellos sujetó la parte septentrional de la ribera opuesta al Elba, manteniéndola exenta de toda jurisdiccion episcopal, y sujeta á la direccion del simple sacerdote Heridach, á quien pensaba elevar al obispado. Las nuevas conquistas del Evangelio empeñaron á Luis en egecutar sin dilacion lo que la muerte no permitió á Cárlos perfeccionar; y así eligió para metrópoli la ciudad de Hamburgo, sin detenerse en la eleccion de metropolitano; porque la virtud, la capacidad y todas las circunstancias le determinaron á nombrar á Anscairo, á quien el Papa confirmó, y le hizo legado de los paises septentrionales juntamente con Ebbon, arzobispo de Rems, que habia vuelto de aquellas misiones, pero siempre aficionado á aquella buena obra, que no era tan penoso proteger como gobernar.

Los dos legados creyeron que convenia que hubiese un obispo residente en Suecia, y con el consentimiento del Emperador eligieron á Gamberto pariente de Ebbon. Este así que le ordenaron marchó lleno de celo á la Suecia, y fue tan bien recibido del Príncipe y de los pueblos, como lo habia sido

Anscairo. Edificó una iglesia, predicó incesantemente el Evangelio, y aumentó mucho el número de los fieles, hasta que por una sublevacion popular, y contra la voluntad del Rey, le echaron fuera, habiendo experimentado las mayores violencias.

49. Lo mismo le sucedió á San Anscairo en Hamburgo, en donde los normandos en una irrupcion no prevista todo lo llevaron á fuego y á sangre, arruinaron la iglesia y el monasterio que habia edificado el arzobispo, y asolaron de tal modo el pais, que los que escaparon de la muerte y de la esclavitud, tuvieron que dispersarse lejos de allí y despojados de todo (1). Los clérigos no llevaron mas que las reliquias; y el santo arzobispo que habia sostenido su rebaño hasta el último extremo, se puso con mucho trabajo en salvo, medio desnudo, y por entre espantosos peligros. Anduvo muchos años errante, sin bienes y sin recurso, abandonado de la mayor parte de sus discípulos, y cada instante á riesgo de caer en manos de los bárbaros, porque nada le pudo sacar de la peligrosa carrera del apostolado, cuyo egercicio continuó con el corto número de operarios que le quedaban. Por último le dieron el obispado de Breina ya unido al de Hamburgo, y desde allí sostuvo con la mayor perseverancia la mision de Suecia y la de Dinamarca, ó enviando de sus clérigos los mas celosos, ó yendo en persona con peligro de su libertad y de su vida, sin cesar de asegurar de todos mo-

(1) *Vit. S. Ansc. in act. Bened. num. 12. = Annal. fuldens. = Met. ann. 845.*

dos los fundamentos del cristianismo de todo el mundo. Suplia el Señor la falta de los medios humanos con la multitud de milagros que en la vida del santo arzobispo refiere San Remberto su discípulo y sucesor, cuyo testimonio es el mas creible; porque el Todopoderoso se agrada en desplegar las maravillas de su diestra en favor de las iglesias principiantes. Treinta y seis años, que es decir hasta su muerte, estuvo Anscairo cultivando sin cesar aquellas tierras bárbaras y sangrientas. Si los alborotos civiles, las revoluciones multiplicadas, y todos los escesos de la barbaridad impidieron que viviendo este varon apostólico no fuese tan abundante la cosecha como se debía prometer, á lo menos la semilla evangélica, sembrada por su mano y regada con sus sudores, brotó con el tiempo y produjo abundantes frutos de salud.

50. Por entonces la audacia de los propios hijos de Luis el Hermoso, alentada con la debilidad y negligencia de este, hizo á la autoridad imperial y paternal una injuria no conocida de la Religión, que fue la que les sirvió de pretesto. Este padre, digno de mejores hijos si su misma ternura no los hubiera perdido, habia hecho Soberanos, como hemos visto, á tres hijos que le habia dejado su primera muger Ermengarda, y les habia repartido sin reserva toda la estension de sus dominios. Se volvió á casar, y tuvo de la nueva esposa, á quien amaba mucho, un hijo llamado Carlos, y entonces conoció que se habia anticipado mucho en la reparticion de sus estados. No podia conformarse Judit, que este era el

nombre de la Emperatriz, con ver sin corona entre cuatro hijos del Emperador al único que tenia de ella, y no se le podia coronar sin desmembrar los estados de sus hermanos. Pero todo esto cedió á los deseos de una muger que sobre verse amada no la faltaba el atrevimiento ni la intriga. Sondéo primero á los Reyes de Aquitania y de Baviera, y los halló intratables. Lotario no se mostró tan difícil, ó porque esperaba con su generosidad interesada hacer valer su crédito en el gobierno general mas que el de sus hermanos, ó porque creyó que no se despojaba de los derechos que cedia á un niño que en mucho tiempo no los podia hacer valer. Sea lo que fuere, él cedió al desmembramiento que se hizo de la Alemania y parte de la Borgoña en favor del niño Carlos, y se empeñó altamente en ser su protector. La Emperatriz agradecida le dejó á Lotario tomar la autoridad que quiso. Entretanto pasaba el Emperador el tiempo en cantar salmos, en conferenciar con los obispos, y en prescribir ayunos por la noticia de un desembarco de los bárbaros, ó porque habia aparecido algun fenómeno. Si publicaba prudentes leyes, y en virtud de ellas condenaba á los malhechores, él los perdonaba despues, y con esta impunidad se multiplicaban de dia en dia los desórdenes. Otra raíz de subversion era, que no pasando su conocimiento de la superficie de las cosas ni de las personas, ponía las de mas bajo nacimiento en las prelaturas mas altas, por sola la simple apariencia de piedad y devoción.